

El otro día intentando explicarle a alguien, o tratando de justificar, la razón por la cual estudio en la universidad, decía intentando ser modesto, que lo único que quería era intentar comprender algo antes de que me alcance la muerte. Si acaso una cosa, ya sería suficiente. Pero al poco de haberlo dicho reflexionaba sobre mi deseo, dándome cuenta de que en realidad era muy pretencioso y atrevido, pues probablemente sea ese misterio, el del fundamento de las cosas que vivimos, lo que como regla del juego nos esté siempre vedado. Si os fijáis no he mencionado ni tan sólo la posibilidad de poder hacer algo útil con algo aprendido, pues eso ya me parece una ambición exagerada. Aunque nuestra experiencia de hombres sea una experiencia de acción, siento que siempre es una acción sin conocimiento, una pulsión en no pocos casos patológica. Algo que no se si es censurable o no, porque si lo supiera estaría mintiendo y diciendo que ya tengo algo con lo que aliviar mi desaparición. Tal vez, esa vocación a la acción no sea censurable a condición de aceptarla como una incapacidad de ser, como deseo de ser otro, como compulsividad en mancillar al tocar. Quizá no sea reprochable si aceptamos sus impulsos para luego buscar maneras de compensar los desequilibrios generados.

Y aunque ya veis que mi optimismo sobre la posibilidad de alcanzar algún conocimiento es mas bien inexistente, y mi trayectoria universitaria es escasa, probablemente debido a que siempre he creído más en que entendería algo de lo vivido viviendo, y no he acabado de relacionar nunca lo académico con lo vital, - ni tan sólo desde que de pequeño iba a primaria conseguí entender lo que tenía que aprender y relacionarlo adecuadamente con el mundo -, debo decir que siento una inmensa alegría cuando reconozco que mi contacto en la Universidad de Barcelona con el pensamiento de la diferencia y las mujeres de Duoda ha sido sin comparación el único punto donde lo vital ha enlazado con lo teórico y he sentido lo que era aprender algo como un algo real y cierto. Luego, desde ese punto, he intentado evitar repetir el error de organizar los sueños en dogmas como ya hicimos durante décadas muchas personas durante el siglo XX, y desde mi posición más bien complicada de hombre he hecho algún paso para convertir esta chispa en realidad compartida con otros hombres, aunque tengo que reconocer que hasta la fecha no he conseguido gran cosa; por incapacidad manifiesta mia, por lo difícil que resulta hablar de la vida entre nosotros los hombres, por esa fragilidad nuestra que nos petrifica, por ese terror a caernos del estándar universal masculino que no sólo nos paraliza si no que nos propulsa a reaccionar furiosamente con demasiada frecuencia. Una fragilidad violenta que Victor Seidler de forma tan precisa describe en su artículo de este último número de Duoda. Aunque también, quien sabe si ese fracaso temporal mio tenga la explicación en que el paso entre entender algo, o creer que se ha entendido y convertirlo en una realidad como decía antes sea una aspiración temeraria o cuando menos un salto enorme.

Desde que Margarita Porete me alumbró y dió en mí una luz en la que mi cuerpo pequeño vivió momentos gigantescos y Simone Weil intensificó esa llama, hubo un momento en el que percibí de forma nítida la diferencia entre hombres y mujeres, e hice movimientos desordenados hacía la comprensión y materialización de ese

sentido. No digo nítida en sus límites ni en sus formas, sino en su existir. Nunca nada escrito había penetrado dentro de mi de semejante forma, desbordándome y propagándome tan afuera y adentro de mi al mismo tiempo, desde luego nunca un texto escrito por hombres. Quizá se aproximaron las poesías de hombres como Espriu, García Lorca, Martí i Pol, Miguel Hernández... Esa fuente originaria del pensamiento me alcanzó, pero jamás con la misma intensidad ni aportándome lo que las autoras que he mencionado y muchas otras más como Teresa de Ávila, Maria Zambrano o Luisa Muraro, me aportaron. Súbitamente reconocí la autoridad femenina como algo evidente. No como la llave maestra de cosas que podrían producirse pero sí como un asidero fundamental para rescatarnos los hombres de nuestra entropía extrema. “El máximo de autoridad con el mínimo de poder” una fórmula inventada por vosotras, como dice Luisa Muraro en su artículo de esta última Duoda.

Me pareció obvio que las soluciones debían estar sobretodo en nosotros los hombres, pero no he dado con la manera de mover ni un átomo en la masculinidad que me envuelve y de la que soy parte, y pecho por seguir buscando refugio sólo en vosotras arriesgándome a no ser ni un pequeño soplado en mi sexo que propicie algún viento futuro. Me contradigo constantemente porque digo que sólo quiero entender una cosa y ya estoy embarcado o intentando envolverme en transformaciones atmosféricas de tamaños imposibles e inimaginables, pero creo que la contradicción es una fuerza mágica y poética, con la que tenemos que trabar una relación fructífera, como la que producen las paradojas. Una fuerza diría yo que hasta cómica, porque la comicidad funciona perfectamente mediante contraposiciones chocantes como el humor de Pat Carra que se nos revela en sus preciosas viñetas. Y lo cómico no está para nada reñido con esa fuerza mágica de la que hablaba. Como ella demuestra, lo menos serio tiene una fuerza frecuentemente incalculable, y la contradicción bien orquestada suele producir resultados sobresalientes.

Pero volviendo con la dificultad que los hombres tenemos para abordar la diferencia de forma nutritiva y creativa, quería comentar que intentando responder a una pregunta que Milagros Rivera me hizo en una presentación de este trabajo que se ha convertido en artículo, en la que creo que me preguntaba cual era la razón de nuestra tendencia al desarraigo o a la soledad, le dije, mucho más tarde por correo, que creía que la especie humana responde a un fin de expansión de la vida en el universo, a un impulso de salir de La Tierra para continuar con esta fuerza controvertida que es la vida, que vulnera los principios de la termodinámica y que propulsa la neguentropía dentro de un universo supuestamente en expansión y en camino hacía un estado de inmovilidad absoluta. Los hombres somos caóticos y actuamos sin conocimiento, con una pretendida razón que no es más que una epistemología de la acción inconsciente, porque somos el vehículo de salida de la vida de este planeta (vida que no tiene porque ser humana), y las mujeres sois quienes tenéis el vínculo con la vida, la autoridad para recordar cual es el fin de nuestra tendencia al caos y al desarraigo; el orden y el re-arraigo en la vida. Pero eso hoy se halla descoordinado, pues en este largo patriarcado que acaba, la brecha entre simbólicos femenino y masculino,

aunque parezca extraño, se ha ido agrandando de forma peligrosa, llegando a dominar hoy un caos profundo en el que impera una sed insaciable de mancillar, de no-ser y como consecuencia de poseer al otro, a lo otro, a la otra, de fagocitar la alteridad, que apenas se disimula con barnices igualitaristas. Un desorden que nos lleva hoy en día al riesgo de que todo se desbarate definitivamente. Milagros me respondió que había demasiados puentes en mi pequeño texto y no insistí más en profundizar en algo tan extremadamente complejo. Me sentí incapaz de desarrollar mis meras elucubraciones.

Pero a pesar de los sinsabores que comporta navegar por aguas inciertas, el artículo que Milagros me animó a escribir sigue siendo ahora mismo el motor que me mantiene ilusionado y atento a todo lo que las mujeres del pensamiento de la diferencia construis y no pierdo la esperanza de que algún día pueda convertirlo en esa cosa que habré aprendido e incluso contaminado a otros. Debía haber empezado por esto, por agradecer a Milagros la oportunidad y la felicidad de colaborar en la revista Duoda con mi modesto escrito, y a las mujeres del pensamiento de la diferencia por abrir semejante ventana en mi corazón. Mi escrito buscaba fundamentar un poco la experiencia que vivo leyendo a las autoras en relación a la autoridad femenina, no se si lo habré logrado, y luego sobretodo aprovechar la oportunidad para invitar a otros hombres a hablar sobre estas cuestiones de forma abierta y directa, siguiendo el ejemplo de vuestros grupos de mujeres o haciéndolo de una forma distinta, no se, tampoco importa ahora mismo de que manera, importa más empezar de algún modo. No creo que la vía de reformulación masculina, por decirlo de alguna manera, pueda ser completamente propia, os necesitamos, necesitamos la autoridad femenina, porque está claro que vuestro vínculo con la vida es más fuerte y experimentado, y es ese vínculo el que hay que tejer en la masculinidad para evitar nuestra deriva en ninguna parte.

En esta Duoda, Victor J Seidler dice en un momento concreto que “Existe una debilidad en la política de los hombres anti-sexistas que consiste en que los hombres estan a menudo atados a una cultura de la auto-negación... [...] que indica que se sienten incómodos acerca de su masculinidad. A menudo esto significa que los hombres anti-sexistas encuentran más fácil hablar del sufrimiento de las mujeres en manos de la violencia masculina que hacerlo sobre sus propias experiencias como hombres”, yo me atrevería a añadir que no sólo hablar sobre sus propias experiencias si no de reflexionar sobre ellas usando la autoridad femenina como referencia importante para colocar nuestras propias experiencias en el mundo.

Y es que mi experiencia es esta. Todas estas inquietudes que os comento surgieron en mi gracias a la profesora Patricia Martínez Álvarez en un aula de Historia Universal, y fue a partir de esta experiencia académica tan especial que realizando un trabajo sobre Margarita Porete entré en contacto con la revista Duoda. Desde entonces leo vuestra revista sin perderme un número, y no paro de encontrar orientaciones, rutas, luces, que al tiempo que me ayudan a comprender mejor muchas cosas, siento que coinciden con muchos de mis sentimientos. Es un regalo enorme el que nos hacéis a los hombres con vuestra experiencia y su reflejo en la revista, y lo es aun mayor el

que nos dejéis un espacio en la publicación, en especial en Barcelona, lugar en el que por el momento no hemos sido aún capaces de gestar nada tan precioso. Ya no digo con el mismo nivel intelectual, que resultaría para nosotros creo que difícilmente alcanzable, sino en el mero sentido del proyecto vivo y transformador que es. En este número ya he podido consolidar mi cariño por la revista leyendo una vez más a Luisa Muraro, a Victor Seidler, a Pat Carrá, por primera vez a Marirí Martinengo, y gozando de este simbólico riquísimo para mí que es el vuestro, el de todas las mujeres que impulsáis Duoda, en el que la política no tiene porque estar obligatoriamente tejida al poder, ni a su aplicación violenta, si no a una autoridad deseada.